

# Juan Guzmán Cruchaga, poeta elegíaco

LUIS DROGUETT ALFARO

## I

Una de las obras más significativas de Juan Guzmán Cruchaga en toda su producción poética es, sin duda, *Altasombra* (1958), elegía en verso libre que denota una variante en su estilo, menos ceñido, muy moderno en la totalidad de su lírica y que es un modo de réplica a *Altazor* de Vicente Huidobro. En verdad, es más bien la elegía dedicada al poeta, y una oposición, podríamos aventurar, de toda la vitalidad y audacia del poeta creacionista.

El poema atestigua un cambio en su estética, enriqueciendo su registro, liberado de las seducciones musicales y plásticas del modernismo y postmodernismo. Es *Altasombra*, poema de lenguaje coloquial, de reiteraciones que dan intensidad a la serie de interrogantes. La Elegía tiene casi la factura de un poema dramático<sup>1</sup>. La secuencia de las ideas, el contrapunto de las imágenes —antítesis de vida y muerte— expresan un juego dramático, de tensiones y desenlace cuyo protagonista —presente en la ausencia— es Vicente Huidobro: en algunos fragmentos la referencia biográfica es nítida.

Qué ajeno el poema a la levedad, finura, gracia, musicalidad, espiritualización entre gasas y tules idiomáticos de la mayoría de su lírica. Juan

<sup>1</sup>En mi ensayo "*Poesía dramática*" publicado en la Revista de la Sociedad de Escritores de Chile, N° 5, octubre de 1959, me refiero a "*La otra cara del sueño*", obra representativa del teatro poético de Juan Guzmán Cruchaga.

Guzmán Cruchaga ha demostrado ser capaz de alcanzar el más profundo estremecimiento existencial.

*Altasombra* configura el deceso continuo del hombre y naturaleza, sumiéndose los sueños, las armonías de la mente en los abismos de la descomposición y de la nada y perdiéndose en una inútil lucha con los imponderables vitales:

*¿Quién piensa detener la muerte, sollozando?  
¿Quién pararla con un lazo de lágrimas?  
¿Lloran por ti, por él, por lo que han sido,  
lo que no pudo ser, lo que fue apenas?  
¿Y qué nos queda ya del todo,  
de la rosa en las manos vacías,  
y qué de su perfume si cuando nace  
ya comienza a oler a cosa perdida?  
¡Las rosas huelen siempre así, Dios mío!*

*Altasombra* es como el retrato lírico del dios caído. El *Azor* de vuelos parabólicos es ahora *Sombra* en esta traslación metafórica. El pequeño dios no es sino un ser que muere irremediablemente. Qué doloroso homenaje al amigo de generación.

Poesía de alcurnia metafísica, religiosa en ese religarse a las esencias, en esa aspiración por trascender la materia; fundamentada en la transmutación que redime las miserias de la carne:

*La tierra, que tenía sed,  
dijo a la muerte: "Es tierra,  
es tierra viva, ¡ay! que se levanta  
porque aprendió el vuelo de los pájaros  
y recibió ánimos del viento.  
Dame su boca para los claveles,  
su corazón para la madre selva,  
su furia por el rayo, su alegría  
para el agua, su aspiración para el humo.*

Qué ansia del poeta que ese Altazor-Huidobro salve su vuelo de eternidad:

*"Haz que vuelva  
su terquedad a la roca, su reciedumbre al metal,  
su inteligencia a la sabiduría*

*de la raíz que encuentra la corriente,  
su blancura al vellón, su grito al huracán.  
Es tierra viva, ¡ay! y está cansada.*

## II

Pues bien, esta tonalidad elegíaca en la poética de Juan Guzmán Cruchaga que podría estudiarse en sus particularidades estilísticas que difieren sustancialmente de gran parte de su poesía, se re-crea en un retorno al equilibrio estético en su última obra, *Sed* (Ediciones Universitarias de Valparaíso. 1978), colección de sonetos y de otros poemas de clara ascendencia hispánica en la forma y en el concepto. Esta voz *Sed* podría ser ansia de eternidad y también imperativo de existencia plena, consciente de lo efímero de nuestra envoltura: al fin y al cabo somos "*polvo enamorado*" en la cita que el poeta nos recuerda del famoso soneto de Don Francisco de Quevedo y Villegas. Esta *Sed* es la angustia por permanecer en la memoria de los seres amados; es una aspiración por los valores más fundamentales de los ancestros —los que dan honra y alegría por las hazañas del espíritu. El libro es *Sed* de Amor; nostalgia desde el más allá de la vida rememorada desde el trasmundo donde el poeta imagina estar.

En algún momento, la obra es como el testimonio elegíaco de sí mismo. Ser en la Muerte, en el fluir de la belleza que se derrumba, que se sueña en lo inasible del tiempo y los seres.

Frente a la muerte, en el poeta, persiste, sin embargo, una rebeldía que la anule en sentido figurado:

*Si no es posible detener la muerte  
y si nos roba lo que más queremos,  
no hay que dejar que se nos lleve todo...*

Esta angustia se apacigua en la bella imagen del verso del poema Elegía:

*de renacida rosa que no muere*

El rescate del olvido de todos los efluvios vitales constituye una idea central en este poema.

Hay una extremada y dolorosa soledad en el poema *Mi alma*; las imágenes negativas acumulan la angustia insalvable:

*Mi alma es una caverna de fantasma-huele a abandono, a trastos viejos, a  
inútiles materias asustadas ...a espejos sin memoria...*



Imágenes depresivas en su acumulación nos recuerdan la tonalidad trágica de *Altasombra*.

La *Sed* de eternidad se desvanece en el símbolo de la rosa; sólo en el sueño de la belleza incorrupta pareciera conformar en el poeta el atisbo de una luz. Los entronques clásicos con esta temática le dan a la obra una inflexión humanista, de lírico que no únicamente vuelca su sentir sino que medita en la fugacidad, en la apariencia del mundo, y en una eternidad donde el Amor, el ser amado, la rosa, el pensamiento, las imágenes que fluyen en el tiempo tengan su símil en el recuerdo de la vida; en esa especie de memoria que él desearía persistiera como un espejo.

Las variaciones en la interpretación de los textos podrían ser múltiples, tantas como las bellas metáforas y los ritmos armónicos tan propios del poeta chileno.

Juan Guzmán Cruchaga, a veces, roza un conceptismo de buena prosapia o bellamente expresa su nostalgia teresiana. Su hispanidad es la búsqueda de las raíces de su raza y el meollo de su concepción existencial. Y todo ello expresado con esa alta categoría estética de su verso que nace musical, hermoso, breve, ceñido a la elegancia, a una imaginación clásica, nunca excesiva.

Elegía —sí— y Elogios —recuerdo los finamente dedicados a las poetisas Rosa Cruchaga y Sara Vial— le dan al bello volumen la unidad perfecta. La idea de la muerte confirma en el poeta un gozo —por paradoja—, una reverdecida esperanza en la continuidad del Amor y la Belleza más alta del tiempo.

